

nen dificultad en recibirla como muy digna de crédito. Dice que María estaba dotada de un espíritu de profecía tan excelente, que prevenía todo lo que pudiera haber alterado algún tanto su paz y perjudicado á la pureza de su alma; de manera que cerraba los ojos al encontrarse con objetos ilícitos ó indecentes; se tapaba los oídos por no escuchar lo que no hubiera querido oír; no quería oler los olores lascivos, y así de todas las demás cosas que hieren nuestros sentidos, que son las primeras puertas por donde acostumbra introducirse la muerte en nuestras almas. Bien sé que S. Ambrosio no admitía el testimonio de los demonios; pero tampoco ignoro que á veces exigía la confesion de ellos, especialmente cuando tornaba en confusion suya. Ahora bien se los ha oido afirmar muchas veces por boca de los energúmenos que nunca tuvieron facultad ni poder de acercarse á la Virgen para darle algun asalto, segun han hecho generalmente con todos los santos, sin que quisiese eximirse de esto el santo de los santos, que es el Verbo encarnado. Pero volveré á tomar el hilo de este discurso en el tratado segundo.

XX. Paréceme que basta esto para la confirmacion de una verdad que debe de ser indudable para nosotros; á saber, que la Virgen santísima no cometió jamás ningun pecado. Plegue á aquel que de tal suerte la ensalzó para su gloria y nuestro provecho, hacernos sentir los efectos de la gracia superabundante con que la previno, y darnos fortaleza contra los enemigos visibles é invisibles, por quienes somos embestidos á derecha é izquierda, por delante y por detrás, en la prosperidad y en la adversidad, de dia y de noche, por nosotros y por nuestros mas íntimos amigos, en casa y en el campo, en todo tiempo, en todo lugar y en todo negocio, sin tregua ni descanso, á fin de que habiendo conservado por su gracia el tesoro que llevamos en vasos de barro en medio de nuestros

enemigos, la reconozcamos para siempre por nuestra libertadora despues de aquel á quien ella misma reconoce por su protector y su salvador.

OCTAVA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE ES SINGULARMENTE BENDITA.

Pedro de Blois, arcediano de Batonia y Lóndres y cancellor del primado de Inglaterra, hablando de la madre de Dios bajo la figura del lavadero de las ovejas, llamado ordinariamente la piscina probática, cuyas aguas curaban toda clase de enfermedades despues que las agitaba el ángel comisionado por Dios al efecto, dice sutilmente (1) que habiendo bajado el ángel del gran consejo, que no es otro que el Verbo divino, al seno de la Virgen como á un lavadero celestial causó tres emociones muy notables. La primera fué la union de nuestra naturaleza á su divina persona: la segunda fué la extincion del fuego de la concupiscencia; y la tercera la bendicion que derramó abundantemente sobre la que habia elegido para madre suya. Habiendo tratado de las dos primeras en los capitulos anteriores me creo obligado por el orden de mi plan á hablar de la tercera, mucho mas cuando

(1) Sermo 1 in Adventu.

la gracia y la bendicion son hermanas carnales y compañeras inseparables, no bajando jamas la gracia al alma sin traer la bendicion, ni la bendicion sin atraer ó conservar la gracia.

§. I. — Abundancia de la bendicion concedida á la madre de Dios y plan de todo el discurso siguiente.

I. Mucho habria de entretenerme yo aqui, si quisiera demostrar con algunos (1) que la Virgen santisima heredó todas las bendiciones de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob, las que este buen anciano distribuyó á los doce patriarcas sus hijos, las que Balaam fué forzado á dar á los ejércitos de Israel, las que se concedieron á todas las mujeres ilustres de la antigüedad, en una palabra todas las bendiciones de que se hace mencion en el antiguo y en el nuevo testamento, y que aventajó en ellas á todos los personajes mencionados. Prefiero decir con el devoto S. Buenaventura (2) que fué bendita en la plenitud de la gracia que recibió, en la muchedumbre de las misericordias que confirió, en la dignidad de la persona á quien concibió, en la alteza de la gloria que posee: que es bendita de Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los espíritus bienaventurados y de los hombres, de los ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines, serafines, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, casados, viudas y vírgenes y generalmente de toda clase de personas, cualquiera que sea su estado y condicion: que es bendita en cuanto por ella es glorificado Dios, los ángeles se regocijan, los hombres son ensalzados y los demonios abatidos: que es bendita en su profundísima hu-

(1) Albert. Maga. in *Massus* (2) *Specul. B. Virg.*, c. 42
est. et 43.

mildad, en su eminente caridad, en su amable bondad, en su diligente prontitud, en su perfecta liberalidad, en su austera abstinencia y en su entera pureza.

II. Añado que es bendita en su eleccion, concepcion, natiuidad y maternidad, en todos los misterios de su vida, de su muerte, de su resurreccion y de su glorificacion: que es bendita en sus pensamientos, en sus intenciones, en sus palabras, en su trato, en su retiro, en la práctica de la vida activa y de la contemplativa, en sus principios, progresos y fin: que es bendita en su memoria, entendimiento y voluntad, en sus sentidos interiores, en sus ojos, sus oídos y su boca, en su vientre, en sus pechos, en sus manos, en sus piés y en sus rodillas, en todas las potencias y en todas las partes de su cuerpo: que es bendita en el fruto de su vientre, en ella misma, en sus antepasados, en sus parientes, en su posteridad y en todo lo que dice relacion á ella: que es bendita en los eternos designios de Dios, en el vientre de su madre santa Ana, en su mansion temporal sobre la tierra y en el encumbrado asiento que ocupa en el cielo.

III. Mas porque sería infinito detenerse en todas estas consideraciones y porque la mayor parte de ellas se han de encontrar en otro lugar, me contentaré con esbozar tres privilegios en que es muy singular esta bendicion, mostrando que nuestra señora fué muy aventajadamente bendita entre las mujeres, entre los justos y entre todas las criaturas.

§. II. — Que la Virgen santisima fué singularmente bendita entre las mujeres.

I. Dice S. Buenaventura (1) que el glorioso arcángel S. Gabriel colmó de bendicion á la Virgen santisima

(1) *Specul. B. Virg.*, c. 8.

cuando la saludó con estas palabras: «Bendita eres entre las mujeres.» El inclito S. Atanasio tiene en tanto esta salutación, que afirma que resuena continuamente en el cielo y que la iglesia nuestra madre aprendió de los espíritus bienaventurados á usarla en sus oraciones así públicas como particulares (1). Para discurrir al caso acerca de ella noto con Alberto Magno que la palabra bendición se emplea principalmente de cuatro maneras en la Escritura (2). En primer lugar significa la libertad de alguna desgracia. Así dice el real profeta: «Bendijiste, Señor, tu tierra»; y en la segunda parte del versículo declara el sentido de esta bendición añadiendo: «Apartaste la cautividad de Jacob (5).» En segundo lugar significa fecundidad: de este modo bendijo Dios á los animales cuando los crió en el principio del mundo, y el buen anciano Ragüel bendijo á su hija y al jóven Tobias, recién casados, diciéndoles: «El Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y él os junte y cumpla en vosotros su bendición (4).» Esta bendición se llama en el capítulo XLIX del Génesis bendición de pechos y de matriz. En tercer lugar es una abundancia general de todo género de bienes. De esta especie es la que dió el Señor á Abraham despues del insigne acto de obediencia sabido de todos; la que comunicó á Laban á la llegada de Jacob, á Putifar el egipcio cuando fué á servirle José, y á Obededon al entrar el area de la alianza. Por último es lo mismo que decir alabanza y aclamación pública; en este sentido tomamos lo que cantaban las turbas cuando el Salvador entró triunfante en Jerusalem: «Bendito sea el que viene en nombre

(1) Sermo de sanctis. De- (3) Salmo LXXXIV, 4.
para. (4) Tob. VII, 15.

(2) Super Missus. (1) I. OMOT

del Señor.» En estas cuatro significaciones trato de fundar este discurso y hacer ver cómo la Virgen santísima fué bendita singularmente entre las mujeres de esas cuatro maneras.

La primera bendición de la madre de Dios es la exención de las maldiciones echadas á las mujeres.

II. Es voz comun de todos los santos padres que la virgen Maria fué completamente libre de la comun maldición de las mujeres; y hay mas segun testimonio de S. Buenaventura (1), y es que la bendición de esta señora atajó las maldiciones que habia atraído la primera mujer al mundo. «La maldición de Eva, dice S. Agustín (2), se convirtió en la bendición de Maria.» Esto es lo que á juicio de S. Fulgencio quiso significar el arcángel Gabriel cuando la llamó llena de gracia, porque entonces le dió á entender que no pasaba adelante el impetu de la ira de Dios y que por su respeto no hablaba mas que de paz y amistad.

III. Pero descendiendo á particularidades, el abad Ruperto me hace advertir que no bien pecó la primera mujer, la siguió el castigo y que á su triplice pecado opuso Dios una triplice maldición. Con efecto porque dió oídos y asenso al padre de la muerte, cuando era antes la madre de los vivientes, se volvió la madre de los muertos y se le dijo por primer artículo de su condenación: «Multiplicaré tus dolores y tus preñeces (5). Los tedios, las flaquezas y debilidades te acompañarán: te atormentarán los dolores del cuerpo y la hinchazon: los hijos que paras muertos, te afligirán; los lisiados y contrahechos te darán muerte: los desnaturalizados y re-

(1) Serm. I de Annunt.
(2) Serm. de laudib. Mariæ.

(3) Genes. III, 16.
(4) I. OMOT
(5) I. OMOT

beldes te quitarán la vida.» Porque codició desordenadamente el fruto prohibido y recreó sensualmente con él la vista y el gusto, fué castigada con las incomodidades del parto y se le intimó esta sentencia: «Parirás con dolor (1); pero dolor tan agudo y fuerte, que te hará dar gritos espantosos y muchas veces te reducirá al último aprieto: además tu parto será la imágen de la impureza y corrupcion de tu alma.» Por último porque no contenta con haber pecado ella indujo á su marido á pecar; le fué dicho: «Estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí (2).» Además de que se debilitará notablemente tu espíritu, que hubiera estado mas firme si no hubieses pecado, el suyo tomará un aire de superioridad y dominación sobre tí, de suerte que muchas veces te tratará no como á compañera, sino dura é imperiosamente como á una esclava. «Vé ahí cómo la culpa lleva siempre en pos de sí la pena y cómo de la amarga raíz del pecado no nacen nunca mas que frutos de angustia.

IV. En medio de este diluvio de males y maldiciones guardémonos de figurarnos á la madre de Dios sino como la verdadera arca de Noé que nada sobre las aguas, las que sirven solamente para elevarla mas y hacerla parecer siempre mas admirable en su singularidad. «Así lo pedia la razon, dice S. Leon, atendiendo á que la concepcion y el nacimiento del Salvador eran enteramente singulares (3).» «¿Y á qué asunto se ha de hablar de pena, dice Ricardo de S. Victor (4), donde no hay culpa?» Pero hablando en particular de las tres plagas que cayeron sobre la cabeza de la mujer desobediente, nos advierte san Bernardo (5) que apartemos nuestro pensamiento de

(1) Genes. III, 19.
(2) Ibid.
(3) Serm. 1 de Nativ.

(4) De Emman., l. 2, c. 23.
(5) Sermo in Signum magn.

esas incómodas preñeces, que son la primera pena del pecado, porque aqui todo es celestial y divino, y así como la madre de Dios, primera flor de la virginidad, quedó en cinta sin corrupcion, del mismo modo es razonable que lleve su carga sin peso ni incomodidad. Nada mejor á mi parecer podia decir S. Fulgencio que lo que dice á este propósito (1); á saber, que su vientre no estaba mas cargado que su alma; que era aliviada por el fruto de sus entrañas; y que era imposible que fuera agravada por la luz encerrada dentro de ella. El niño, dice S. Bernardo, la llevaba á ella mas bien que era llevado por ella (2). Con efecto vedla por los montes de Judea cuando mas molestada debia de estar: no anda, sino que corre; no corre, sino que vuela; no vuela, sino que parece es llevada por las manos de los ángeles ó que se ha vuelto tan ligera como el fuego desde que arde en sus entrañas el fuego divino.

V. En Maria no vereis señal ni vestigio de los dolores del parto. «¿Y por qué se han de buscar, dice muy bien S. Cipriano (3), cuando los dolores del parto no son mas que los ejecutores de la sentencia de Dios, el cual jamás echa la culpa al inocente?» «Esos rigores, añade S. Gregorio Niseno (4), eran buenos para la madre de la muerte, no para la de la vida, y el mensajero solamente habla de gozo, de gracia y de bendicion. S. Fulgencio lo dice aun mejor á mi parecer (5): que el que habia venido á levantar al mundo de la calamidad en que cayera, no pesaba á la que le habia hospedado con tanto cariño y le habia dado tan buen trato por espacio de nueve meses. Confieso que causa lástima oír á la pobre Rebeca con los dos mellizos que lleva en sus entrañas, llenar la casa de lamentos. Pero ¿qué se ha de

(1) De laudib. Virg.
(2) En el lugar citado.
(3) Serm. de Nativ.

(4) Hom. 3 in Cant.
(5) En el lugar citado.

hacer? Es preciso que tenga paciencia, ya que desee con tanta impaciencia ser madre. En cuanto á Maria, como solo concibió por la voluntad y obra del Espíritu Santo, no es extraño que no dé gritos y que esté exenta de las inmundicias concomitantes del parto. Ni los concilios (1), ni los santos padres no consienten que tengamos otra opinión de ella. « ¡Cómo! dice S. Cenón, obispo de Verona (2), ¿quereis figuraros la madre de Dios fatigada y postrada del parto, lánguida y abatida de fuerzas con las incomodidades ordinarias del alumbramiento y de la lactancia? ¿Convendría esto al hijo ni á la madre? El que había venido para limpiar la inmundicia y corrupcion del mundo, no hubiera consentido jamás una cosa semejante á su rededor. » S. Agustin dice maravillas hablando á cierto maniqueo. « ¡Has visto jamás, le dice (3), que los dorados rayos del sol que secan el barro de los caminos públicos, hayan sido manchados por él? Si no puede ser esto; ¿cómo te atreverás á decir que el claro rayo de la luz eterna se haya empañado ó ensuciado algo al pasar por entre el cristal virginal? Dime, infeliz, ¿dónde habia de haber contraído la Virgen santísima impureza siendo mas pura que los ángeles? » S. Ildefonso llega á afirmar (4) que si hubiera habido alguna indecencia en el parto de la Virgen, el que hubiese experimentado así los efectos de la primera maldicion, no podia llevar el nombre de hijo natural de Dios. Pero ya declaró en otra ocasión semejante el sentido que debé de tener esta proposicion.

VI. Ultimamente por lo que toca al dominio del marido y á la condiccion de la mujer mas servil que honrosa, que es la tercera pensión del pecado y no un orden esta-

(1) Concil. trullan., can. 79. (4) En el lugar tantas veces citado.
 (2) Sermo 3 de Nativ. citado.
 (3) De haeresib. l. 5, c. 5.

blecido por la naturaleza bien concertada, según atesta S. Agustin, el doctor angélico despues de él nos asegura que no existió en la madre de Dios, como tampoco las otras penas del primer pecado. De donde concluye que con justísima razon supo S. José el misterio de la Encarnacion por conducto de la Virgen santísima y no esta por aquel.

VII. Doy fin á este primer discurso con un dicho muy notable del gran pontífice Alejandro III en un breve dirigido al soldan de Iconio en la Licaonia. « Grande á la verdad, dice, y muy digna de toda alabanza fué la bienaventurada virgen Maria, que fué hallada digna de llevar al medianero entre Dios y nosotros y que no tuvo igual, ni segunda entre las mujeres: porque concibió sin vergüenza, parió sin dolor y pasó de esta vida á la otra sin corrupcion, á fin de que se cumpliese enteramente en ella la palabra del ángel y fuese hallada digna no á medias, sino enteramente llena de gracia, y á fin que Dios eterno, que quiso ser su hijo temporalmente, tributase á su madre el honor que habia ordenado mucho tiempo antes. »

La segunda bendiccion de la madre de Dios es la fecundidad.

VIII. ¿Quién tendrá corazon para contemplar sin enternecerse ni verter lágrimas á la desconsolada hija de Jefté? Es una doncella como de unos diez y ocho años y se ve obligada á morir antes de tiempo por un voto indiscreto de su precipitado padre. Ha pedido dos meses de plazo para llorar su virginidad, y ya llega este á su término. Ella los ha pasado con algunas fieles compañeras contando sus cuitas á los montes y á los valles. Cualquiera la tomára por un verdadero retrato de la muerte, porque se ha ajado su hermosa tez, sus mejillas están caidas, sus ojos apagados y medio muertos, su cuerpo

extenuado, sus fuerzas abatidas, su continente lánguido, su voz como de un moribundo: parece que está en el trance de la muerte. Si le preguntamos lo que hace; nos responderá que está celebrando sus exequias en vida. Así se practicaba en lo antiguo con las vírgenes de la gentilidad que habían dejado el servicio de Júpiter para entrar en el mundo, según cuenta Estrabon, y en la escuela de Pitágoras con los que habían abandonado la filosofía, como escribe Clemente Alejandrino (1). Si la precisamos á hablar con mas claridad; nos dirá que llora su virginidad no por haberla perdido, porque es una doncella muy casta y de fama bien sentada, sino por la nota en que cree debe de incurrir entre los suyos, porque no siente tanto el morir como el no tener posteridad; lo cual reputa por mayor desgracia que la misma muerte. Persuádese á que no quedará mas memoria de ella que si no hubiera vivido, y se figura que incurrirá en el mayor oprobio conocido entre los de su nacion, esto es, la esterilidad. Eso es lo que causa su indecible dolor.

IX. A decir verdad era tan ignominiosa entre los judíos la esterilidad, que los personajes mas santos la sentian vivísimamente. No quiero indagar aqui si tenían razon ó no: bástame decir que no puede negarse que la fecundidad sea un bien; pero la desgracia está en que no puede adquirirse sino por la pérdida de otro incomparablemente mayor. Solo hay un fénix en el mundo y una madre de Dios singular en todas sus grandezas, que mereció tener descendencia sin perder su virginidad: «cosa sin ejemplo antes y despues de ella», dice S. Cipriano (2), y nueva inaudita la concordia y union de la virginidad y la fecundidad. Así como madre obtuvo la ple-

(1) Stromat. 5. (2) Serm. de Nativit.

nitud de la gracia y como virgen recibió una gloria inconcebible, á saber, el gozar en cuerpo y en alma de la presencia corporal y espiritual del Salvador. «Fué singularmente bendita entre las mujeres», dice S. Agustín, en no haber conocido varon y sin embargo haber concebido uno en sus entrañas.» «Fué singularmente bendita entre las mujeres», dice S. Pedro Crisólogo (1), en haber conservado el honor de la integridad y haber adquirido la gloria de la maternidad, en haber unido á la corona de la virginidad la gracia de la fecundidad, en haber sido madre por obra del Espíritu Santo sin dejar de ser la reina de las vírgenes.» «Fué singularmente bendita, dice el venerable Beda (2), en haber sido madre y virgen juntamente y haber tenido por hijo al mismo Dios; privilegio debido únicamente á la virginidad fecunda.»

X. El devoto S. Bernardo trae un excelente discurso sobre esta materia entre los que compuso sobre la embajada del ángel Gabriel (5). Dice así: «A la verdad es una condicion muy dura y un yugo muy pesado el de las hijas de Eva, que han de padecer muchos males si tienen descendencia, ó ser malditas si no la tienen. Se hallan colocadas entre dos desgracias, entre los dolores por un lado y la maldicion por otro. ¿A cuál de los dos te resolverás, oh prudente y casta Virgen? ¿Escogerás los dolores ó preferirás incurrir en la maldicion? Por todas partes me veo angustiada, responde; pero quiero mas incurrir en la maldicion de la ley y permanecer virgen que concebir con deleite para parir con dolor: porque si bien descubro por un lado la maldicion, es sin peligro de pecado; pero por el otro incurro juntamente en el pecado y la pena, fuera de que no es mas que una maldicion legal, la que no quiere decir otra cosa que un

(1) Sermó 43.

(3) Hom. 4 in Missus.

(2) Hom. in Evang. Miss. est.

vituperio y deshonra delante de los hombres, los cuales me tendrán como inútil y como un árbol sin fruto. Pero poco me importa el vituperio de los hombres, con tal que guarde la fe á mi Dios. Oh Virgen santa, ¡qué prudente eres! Pero no por eso eres menos dichosa. Aceptas voluntariamente la maldición de la ley por agradar á aquel á quien únicamente desearías contentar; pero te advierto que la maldición se convertirá en bendición y la esterilidad en fecundidad. Así disponte á recibir al que debe de obrar en tí grandes cosas y que en vez de la maldición de Israel te colmará de la bendición de todas las naciones del mundo. Además no tengas ningun miedo de esa fecundidad, porque no menoscabará tu integridad: concebirás verdaderamente; pero sin pecado: estarás en cinta; pero sin las incomodidades y achaques de la preñez: parirás; pero sin dolor: tendrás un hijo; pero sin conocer varon: serás madre del que tiene á Dios por padre, y esta prenda del amor paternal será la corona de tu castidad. En una palabra parirás un Dios como concebirás de Dios.» No puede decirse cosa mejor. ¡Oh qué perfectamente entendía la Virgen este secreto! exclama S. Anselmo (1). ¡Oh qué bien sabía que cuanto mas cuidadosamente guardase su castidad, mas abiertamente se acercaría á aquel que es castísimo y hasta la misma castidad. En cuanto la Señora tomó la resolución de abrazar lo que juzgaba ser mas agradable á su Criador, resolvió al mismo tiempo hacerse superior á la maldición de la ley y despreciarla por amor de aquel de quien sabía que estaba tan lleno de bondad y sabiduría, que no permitiría le aconteciese á ella ningun mal por haber querido conformarse con su mas perfecta voluntad. Y no se engañó, porque ¡quién se ha arrepentido jamás de haber puesto su con-

(1) De excellent. Virg. c. 4.

fianza en Dios? Hesiquio, presbitero de Jerusalén, habla como extático de este misterio inefable. «¿Quién vió ú oyó jamás, dice, una cosa semejante? ¿Dónde está el labrador que siegue sin haber arado ni sembrado? ¿Dónde está el viñador que vendimie sin haber plantado ni cultivado la viña? ¿Dónde se ha visto correr un arroyo que no se derive de fuente ó manantial (1)?» Pues esta es la maravilla que tenemos á la vista, y el privilegio que ponen en las nubes los santos padres confesando que no han dicho nada despues de alegar cuanto tenian que decir.

XI. Si hubiera alguno que quisiese rebajar el precio de la fecundidad de la Virgen porque no parió mas que un hijo; me contentaré con remitirle al discurso que S. Epifanio compuso expresamente para responder á este pensamiento (2). «La leona, dice, no tiene mas que una camada; pero pare un leon que es el rey de los animales, guardándole veinte y seis meses enteros en su vientre, de donde sale ya dispuesto para correr tras de la presa, armado de dientes y garras, temible por su rugido y sabiendo que él es el dueño y que todos tiemblan en su presencia. ¿Y por qué he de tener yo dificultad en llamar leona á la Virgen, supuesto que las sagradas escrituras llaman león á su hijo y nos le pintan siguiendo á su presa y mostrando ser rey en su porte, en su modo de andar, en su rugido, en todo? Dicen que nuestra señora no tuvo mas que un hijo: es verdad; pero es un leon, un Dios que no há menester de segundo, porque debe de ser únicamente único. Antiguamente las emperatrices de Oriente parian en una cámara llamada la púrpura porque estaba cubierta de ella de arriba abajo, y el niño recién nacido era recibido al punto en la púrpura para recibir, digámoslo así, la inves-

(1) Serm. 2 de sancta Dólp. (2) Serm. de laudib. Mariæ.

tadura de emperador. En cuanto á la sacratísima Virgen confesamos que si Dios no hubiera atendido mas que al mérito de ella, debía de haber parido en el cielo, y el fruto de su vientre debía de haber sido colocado en el trono de Dios: tan extraordinaria y singular en su especie es esta fecundidad. » El mismo S. Epifanio hablando del sagrado vientre de la madre incomparable la llama un segundo trono de los querubines (1), sobre el cual descansa la majestad de Dios, y si el que está allá arriba, se llama el primero, es solo por el orden del tiempo, porque en cuanto al mérito esta señora le lleva ventaja sin dificultad, como haré ver en el capítulo XV. Faltan palabras á este santo doctor, el cual quisiera decir mucho mas de lo que dice; sin embargo afirma que está mas alto que el cielo de los planetas y es mas resplandeciente que el firmamento y mas capaz que el empireo, supuesto que contuvo al que excede en extension á esta última esfera casi infinita en su magnitud. San Gregorio Niseno dice unas cuantas palabras nada mas, que dan no poco que pensar; y es que respecto de todos los demás es maravilla cuando se halla un espíritu tan puro, que quiera Dios habitar en él con satisfaccion; pero en la Virgen fué todo tan santo, que su mismo cuerpo fué hecho dignísima morada del Espíritu Santo.

La tercera bendición de la madre de Dios fué el acumular en si todas las gracias concedidas á las mujeres.

XII. Tertuliano nota con mucha oportunidad en el libro *De relictis virginibus* que el ángel al saludar á la madre de Dios no le dijo que era bendita entre las vírgenes, sino bendita entre las mujeres, para darle á en-

(1) Serm. de laudib. Mariæ.

tender que era agraciada generalmente con todas las bendiciones propias de este sexo, que dividimos en las tres clases de vírgenes, viudas y casadas. Estas tres clases se figuran en el Evangelio por tres especies de tierras desigualmente fértiles: las unas producen ciento, las otras sesenta y las otras treinta por uno: así como son diferentes en bondad y en producto, así tambien lo son en la calidad de los frutos, habiéndolas bendecido de diversa manera el divino labrador, y aunque cada una de ellas tiene motivo para estar contenta con su suerte, eso no quita que unas lleven ventaja á las otras. Los sagrados libros atestan que la virginidad tuvo para ser manifiesta una bendicion triplíce, quiero decir la incorrupcion de la carne, la libertad del cuerpo y del espíritu y la conversacion con los ángeles. En decir del Sabio la incorrupcion hace ser cercano á Dios (1); de suerte que S. Juan en su Apocalipsis compone de este escudron blanco la comitiva ordinaria del cordero (2). La libertad del cuerpo y del espíritu, que S. Pablo aprecia tanto en esta condicion de vida, suministra á las vírgenes el medio de entregar su corazon todo entero al que es legítimo poseedor de él. La conversacion angélica favorece su entrada en el cielo y las libra de los cuidados y amanguras que atormentan á los otros por lo comun. La viudez asimismo tiene sus bienes peculiares recomendados en la sagrada escritura, á saber, la proporcion de vacar á la oracion, la maceracion del cuerpo y la práctica de las buenas obras. La primera está representada por la profetisa Ana (3), que no se separa nunca del templo y se da á la oracion continua: la segunda está figurada en Judit (4), que no se quita jamás el ci-

(1) Sap. VI, 20.

(2) Apocal. XIV.

(3) Luc. II.

(4) Judit IV.

licio sino en las fiestas y las neomenias; y la tercera en la viuda de Sarepta (1), que hospeda y trata con tanta caridad á Elias. La primera bendicion no solo las hace tomar de buena voluntad su viudez, sino que les paga con muy crecidos intereses la pérdida de sus maridos dándoles por esposo el mismo Dios. La segunda les sirve de preservativo contra la memoria de los deleites pasados. La tercera hace su vida provechosa para el prójimo y ejemplar á todos. Tampoco carece de bendicion el matrimonio, porque segun testimonio de S. Agustin (2) tiene por su porcion la fecundidad y el sacramento. La fidelidad junta á la reciproca amistad de los casados aligera el yugo de su condicion, mitiga sus molestias y los hace sobrellevar el peso de su estado: la fecundidad les sirve de vinculo de mutuo afecto y los halaga con una grata esperanza de inmortalidad: el sacramento temple su fuego y los provee de todas las gracias necesarias para cumplir sus deberes.

XIII. Bien puedo decir aquí con el Sabio que si muchas mujeres allegaron riquezas, la Virgen las sobrepujó á todas (3): porque ¿quién nos dirá en qué grado poseyó la incorrupcion, primer fruto de la virginidad, con qué libertad de corazon y de espíritu vivió ya en los doce años de mansion en el templo, ya en los treinta y tres que habitó con su hijo, ya en el resto de su vida hasta su dichosísimo tránsito? ¿Quién nos hablará de la suavidad de su conversacion ordinaria con los ángeles, conversacion que á nadie deberá de parecer extraña, supuesto que la Señora trataba tan familiarmente con el rey de los ángeles? En una palabra ¿quién nos declarará la energia de los términos con que la alaba la iglesia llamándola LA VIRGEN SINGULAR? ¿De quién aprenderemos con qué

(1) III Reg. XVII. (2) (3) Proverb. XXXI, 29.

(2) De nuptiis. (4) VIZ. JACOBA. (2)

perfeccion disfrutó todos los privilegios de las viudas, aquella oracion tan continua, que ni aun por el sueño era interrumpida, tan ferviente, que era la confusion de los éxtáticos serafines, y tan llena de celestial dulcedumbre, que no parece sino que vivía ya en el cielo; aquella maceracion tan extremada de su cuerpo, que afirma san Ambrosio (1) sobrepujaba las fuerzas humanas; aquel ejercicio de buenas obras en el consuelo de los afligidos, en el alivio de los menesterosos, en la instruccion de los maestros y doctores del mundo, segun hemos visto mas arriba? Finalmente y ya que cogió las rosas del matrimonio sin punzarse con sus espinas, ¿quién nos mostrará cómo se aventajó á todas las simples criaturas en la posesion de los bienes peculiares de este estado, la fidelidad, la prole y todos los efectos del sacramento, aunque sin sacramento, porque todavía no estaba instituido? Estas prerrogativas inexplicables la hacen sobresalir singularmente entre las mujeres, es decir, entre las vírgenes mas sin comparacion que las Ineses, Aguedas, Cecilias y todas las otras, entre las viudas mas que las Brigidas, Catalinas, Isabeles y otros espejos semejantes de santidad, entre las casadas mas que las Clotildes, Radegondas, Blancas, Juanas y otras maravillas de la corte, antorchas de virtud y ornamento de piedad, todo para gloria del esposo de las almas escogidas, honra del sexo femenino y consuelo de los hijos de la iglesia, que son al mismo tiempo los hijos de la reina de las bendiciones.

La cuarta bendicion de la madre de Dios son las alabanzas privadas y las aclamaciones públicas.

XIV. Explicando Haymon, obispo de Alberstadt, el elogio de la Virgen de que he discurrido hasta aquí,

(1) De Virg. l. 2.

juzga (1) que santa Isabel, á quien el Espíritu Santo se le dictó primeramente, tenia en su pensamiento cuando le pronunció, todas las mujeres mas excelentes de la antigüedad y que comparándolas con la madre de Dios reconoció haber sido esta mas aventajadamente bendita que Sara, Rebeca, Judit, Ester y todas las otras juntas. A mi entender quiere decir que juzgaba que esta Virgen singular no solo se habia llevado el precio de las gracias de Dios sobre todas las mujeres antiguas que habian sido la honra de su siglo, sino que seria mas abiertamente alabada y premiada que todas las otras; que su fama no quedaria encerrada en la Judea como la de ellas, sino que seria llevada á los pueblos desconocidos hasta los confines del mundo, es decir, por donde quiera que fuese oido el nombre de su hijo. El sabio Salomón pasa mas adelante, porque hablando proféticamente dice que se levantaron sus hijos y la aclamaron por beatísima, y tambien la alabó su esposo (2), que es el Espíritu Santo. «A la verdad corresponde propiamente al Espíritu Santo, dice S. Ildefonso (3), pelear por las grandezas de su esposa y á la virtud del Altísimo que la hizo á ella sombra.» Lo cual confirma S. Buenaventura diciendo (4) que cualquiera que se inclina á alabar, bendecir y honrar á la Virgen, necesariamente debe ser movido por el Espíritu Santo, á quien solo corresponde ilustrar interiormente su alma y dirigir exteriormente su lengua. «De suerte que no conviene á todos, dice S. Basilio de Seleucia (5), cantar las alabanzas de Maria, sino solo á aquellos que son guiados de lo alto para hacerlo y que tienen particularísimo afecto á la Señora.» Añade que este es el oficio de los que levantan sus pensamientos y de-

(1) In Evang. Misus est.

(2) Proverb. XXXI, 28.

(3) De virgine. B. Maria.

(4) In psalterio.

(5) Orat. de Annunt.

seos al cielo por medio de la contemplacion de las cosas celestiales y que tienen purificada el alma, porque siempre es cierta esta proposicion de S. Juan Damasceno: que ella sobrepuja todos los conceptos de sus panegiristas. Asi mil y mil veces dichosos los Atanasios, los Cirilos, los Damascenos, los Ildefonsos, los Anselmos, los Bernardos y otros muchos, que consagraron su ingenio, su pluma y su lengua á las alabanzas de esta reina, porque si hubiera algo que desear en este mundo, seria á mi ver el poder participar de esa dicha. Pero suspendamos aquí el discurso y aguardemos á mejor ocasion (1) para hacer ver cómo se ha empleado todo el mundo en honrarla y publicar sus grandezas.

S. III.—Que es singularmente bendita entre los justos y los amigos de Dios.

I. No seria cosa admirable que la reina de los ángeles fuese singularmente bendita entre las mujeres, si no lo fuera igualmente entre los justos, que son los amigos de Dios. De esto nos dan completa certeza el devoto Idiota, Sofronio de Jerusalem, S. Juan Damasceno y otros infinitos doctores. «En ti, Virgen sacratísima, le dice el primero (2), estan reunidos todos los privilegios de los santos. Ninguno de ellos puede ser comparado á ti, y por cima de ti no se halla mas que Dios solo.» El segundo no se contenta con eso, sino que afirma (3) que así como nadie puede llamarse bueno en comparacion de Dios, del mismo modo ninguno es perfecto respecto de Maria, por encumbrado que esté en virtud y santidad. Pero el tercero se remonta tanto, que no hay ya medio de pasar mas allá, porque sostiene (4) que hay

(1) Cap. XII.

(2) Contempl. de B. V., c. 2.

TOMO I.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Serm. 4 de nativ. B. V.